

CRISTINA PRADA
LOS CHICOS MALOS
siguen APOSTANDO,
LAS CHICAS LISTAS
siguen GANANDO



Cristina Prada

Los chicos malos siguen apostando,
las chicas listas siguen ganando

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Prada, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020, 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imágenes de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2021

Depósito legal: B. 2.329-2021

ISBN: 978-84-08-23921-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

MADRID

Rosalía y Ozuna. *Yo x ti, tú x mí*

*Aitana*

Crónica de un desastre, así podría titularse el resumen de la noche que cambió mi vida para siempre.

Empezó como tantas otras, al filo de la medianoche, con mis amigas en el local de moda de Madrid, que, cosas del destino, estaba ubicado en una fábrica abandonada en mi barrio, Vallecas.

Estaba sonando *Don't start now*, de Dua Lipa, en una versión, bastante conseguida, que cantaba un grupo de chicas en el escenario, ataviadas con minivestidos de plástico de colores chillones y diademas con orejas de gato, imitando a una de esas bandas de pop coreanas.

—Esto está hasta la bandera. ¡Me encanta! He tenido que pasar más de siete salidas en la M30 para llegar —comentó Natalia, emocionada, dando unas palmaditas.

Anita la miró francamente mal y no pude evitar sonreír. Nuestro grupo era una extraña mezcla entre mis amigas del vecindario de toda la vida —chicas como Anita o Ada, que tenían unas familias, como mínimo, desestructuradas y que ya se habían tenido que poner a trabajar para pagarse la universidad, en el caso de Ada, o, simplemente, para poder llenar la nevera, en el de Anita— y mis amigas del instituto privado donde mi hermano Rico se empeñaba en que estudiara; por ejemplo, Natalia, cuyo padre era un oficial de alto rango del Estado Mayor

de la Defensa y a la que ir al extrarradio le parecía «divertido» y «emocionante»; «como estar en un capítulo de “Riverdale”», añadía a menudo. Como imaginaréis, ese tipo de frases sacaban de quicio a Anita y Ada, pero, al final, sabían que Natalia no era mala persona y sus comentarios nunca tenían una doble intención, así que, aparte de poner los ojos en blanco o enarcar una ceja, siempre se los dejaban pasar.

—¿Qué tal una copa? —sugirió Ada—. He tenido un día de mierda, primero en clase y después en el supermercado.

—¿Un ron con mucho hielo y poca cola? —apunté, entrece rrando los ojos como si estuviera a punto de revelar un secreto nuclear, señalándola con el índice.

Sabía que era su combinación favorita, pero, sobre todo, quería que sonriera. Se resistió, pero acabó haciéndolo. Misión cumplida.

Las cuatro fuimos en fila, de la mano, abriéndonos paso como pudimos hacia la barra. Era cierto que aquella noche El Circo estaba de bote en bote. Debía de haber al menos trescientas personas, eso sin contar las que se arremolinaban en la enorme explanada que servía de antesala al club, esperando a que comenzara la carrera.

Carrera «de coches e ilegal», debía añadir. Torcí los labios. Mi hermano Rico participaba en ella esa noche. Estaba muy orgullosa de él, pero siempre que corría me sentía inquieta y el miedo me atenazaba el estómago. Cada vez que competía, asumía un riesgo enorme..., ya que, si la cosa se complicaba, no sería el primer piloto que acabaría en la cárcel o, lo que era aún peor, muerto.

Sacudí la cabeza, obligándome a alejar ese pensamiento. No iba a pasarle nada. Rico siempre encontraba la manera de volver a casa. Eso era lo único que importaba.

—Por fin —gruñó Ada cuando conseguimos alcanzar la barra.

Las cuatro tomamos posiciones. El siguiente paso era lograr que alguna de las camareras se diese cuenta de nuestra existencia y nos atendiese. Por suerte, no tardó en pasar.

—¿Qué os pongo, encantos? —preguntó Furia Furibunda, una de las *drag queens* que habían contratado desde hacía un

par de fines de semanas. Llevaba un traje alucinante, lleno de lentejuelas y retales metalizados, que imitaba, en una versión sexy y divertidísima, el traje de un soldado imperial de *La guerra de las galaxias*.

—Dos rones con cola, un gin-tónico y un vodka con naranja, por favor —respondió Ada.

—El vodka, Absolut —intervino Natalia, sin dejar de moverse al ritmo de la música—. Y la naranja, zumo natural exprimido; la Fanta..., no sé, es como un quiero y no puedo.

No quise reírme, pero me resultó muy difícil. Ada puso los ojos en blanco y Furia se quedó observándola.

—Oh, sí —cayó en la cuenta Natalia, convencidísima de cuál había sido su error—: Por favor, señorita —siguió, con una amable sonrisa.

La mía se ensanchó.

—Jesús —suspiró Anita.

—¿He dicho algo malo? —me preguntó Natalia al ver las reacciones que había levantado.

Le apreté la mano en un gesto cariñoso y negué con la cabeza. Ella no lo hacía con mala intención; sencillamente, era su manera de ser.

Furia se llevó la mano, adornada con una decena de pulseiras en tonos que iban del azul al gris oscuro, a la cadera, ladeó la cabeza y fue pasando la mirada por cada una de nosotras.

—¿Cuántos años tenéis? —planteó al fin.

—Diecinueve —respondieron Ada y Anita al unísono, y ninguna de las dos mintió.

—Acabo de cumplir dieciocho —se unió Natalia.

Yo abrí la boca dispuesta a responder y, la verdad, a mentir. Todavía no había cumplido la mayoría de edad, aunque, en mi honrada defensa debo decir que sólo me faltaban unas semanas... y, en la menos honrada, que no era la primera vez que bebía.

—Tengo...

—Diecisiete —me interrumpió una voz a mi espalda.

Las cuatro miramos hacia atrás, al igual que Furia, y todas nos topamos con un pelo castaño alborotado —pelo de recién follado, habría apuntado Anita sin dudar—, una barba de un

par de días que rasgaba una mandíbula marcada y, sobre todo, unos ojos verdes increíbles. El chico sonrió y a la combinación casi perfecta hubo que sumarle un brillo que cabalgaba entre la diversión, la arrogancia y la pura socarronería. Nunca había visto una sonrisa que dijese tanto.

—¿Quién eres? —pregunté, y soné enfadada.

Ése era mi mecanismo de defensa. Yo no era así; de hecho, me suponía un esfuerzo titánico tener que hacerme la dura e incluso lo odiaba, pero mi barrio me había enseñado que a los débiles se los comen vivos y que, muchas veces, los chacales confunden ser bueno, dulce o amable con debilidad. Además, puede que aquel chico fuera bastante guapo, pero *a)* no me interesaba lo más mínimo y *b)* se estaba metiendo en mi vida y no se lo pensaba consentir.

Su sonrisa se ensanchó un poco más, volviéndose casi desafiante. Ignorando deliberadamente, incluso de una forma burlesca, mi pregunta, echó a andar. Apoyó las dos manos en la barra e inclinó su armónico cuerpo hacia delante, hasta quedarse muy cerca de Furia. Dijo algo, no sé el qué. Ella me observó un momento, después, con un toque de algo parecido al hechizo que las princesas siempre sentían en los cuentos por el príncipe, devolvió la vista al chico y asintió. Se dio la vuelta sobre sus cuidadas plataformas y empezó a preparar las copas. Sólo que no eran cuatro, eran tres.

El chico se alejó de la barra y, sin ni siquiera volver a mirarme, empezó a caminar de vuelta al centro del enorme club.

Me giré hacia él y me crucé de brazos, altanera. ¿Quién se creía que era?

—¿Qué le has dicho? —le espeté.

No me hizo falta gritar. El grupo de chicas-gato del escenario pareció aliarse conmigo y en ese momento la música bajó de intensidad.

Él me oyó, no me cupo ninguna duda, y se dio la vuelta despacio, con esa alevosía de los chicos malos demasiado guapos que tienen claro que son ambas cosas.

—Sólo lo que debía —contestó sin un gramo de arrepentimiento—. No vas a beber.

Apreté los dientes. En serio, ¿quién demonios se creía que era?

—No sé quién eres —repliqué, dando un paso hacia él—, pero te estás equivocando. Haré lo que quiera y cuando quiera, y ni tú ni nadie va a impedírmelo.

Su sonrisa creció otra vez y la sangre me hirvió.

—Eres una niña —sentenció—. Deberías agradecer que te pasen la mano y te dejen entrar a bailar.

—No es tu problema —le recordé.

Él torció los labios, en un gesto muy sexy.

—Puede que ahora sí —respondió.

Sus palabras me dejaron fuera de juego y la pregunta inicial volvió con más curiosidad si es que eso era posible.

—¿Quién eres? —repetí, vehemente y malhumorada.

—Está claro que *ése* —pronunció la última palabra con un burlón retintín— sí que no es tu problema.

Junté los labios hasta convertirlos en una fina línea. Oficialmente estaba muy cabreada.

—No te haces una idea de hasta dónde estás metiendo la pata —le escupí—. Puede que sepas mi edad, pero no tienes ni idea de quién soy.

Otra cosa que odiaba hacer: jugar la carta de hermanita de Rico León. Lo hacía en contadas ocasiones, normalmente con babosos que no entendían que sólo quería bailar con mis amigas y no tenía ningún interés en «conocerlos mejor», porque era la manera más rápida de sacármelos de encima. Mi hermano era mi hermano y yo era yo, no su apéndice ni su perrito, y podía apañármelas sola, pero él había conseguido enfadarme tanto que quería ver cómo le cambiaba la cara y prácticamente se lo hacía encima cuando oyera el nombre de Rico. Estaba segura de que alcanzaría algo parecido a la satisfacción personal.

—Soy Aitana León —solté, firme.

Un segundo. Dos segundos. Tres segundos. Y, entonces, reaccionando de una manera completamente inesperada, sonrió.

—Encantado de conocerla, señorita León —comentó dando un nuevo paso en mi dirección, dejándonos todavía más cerca y claramente riéndose de mí.

Lo observé, confusa, atónita y algo más que no logré entender. Sus ojos parecieron fundirse en un verde más intenso, lleno de más

cosas. De golpe, el aire cambió de presión y la temperatura subió como si nos rodeara un halo de fuego violeta, sólo a nosotros.

Desde luego no era la respuesta que esperaba. Sin embargo, en ese mismo instante, mi mente dejó de suspirar, tomó el control y ató cabos, y una sonrisa de lo más impertinente se apoderó de mis labios.

—Eres uno de los chicos de los recados de mi hermano —señalé, desdeñosa e insolente—. No te creas especial. Te puedo asegurar que no lo eres.

Como os explicaba antes, mi hermano era el rey del extrarradio y había muchas personas que querían impresionarlo y se ofrecían a hacerle favores para conseguir su amistad o, al menos, para que él supiera de su existencia. No podían estar más equivocados. Rico no era de esa clase de gente. Es bueno y leal y, para él, las personas importan de verdad.

Su expresión se ensombreció por un momento. Mi comentario le había dolido. Mejor.

—Yo no soy el chico de los recados de nadie —gruñó.

—Es lo que pareces.

—Al menos, yo no miento para beber y fracaso estrepitosamente.

Apreté los labios. Diez palabras y volví a brillar de pura rabia.

—¿Esperarás a que Rico termine la carrera para contarle que me has tenido controlada o vas a ir corriendo a decírselo ahora, a ver si tienes suerte y te da ya la galletita por tus servicios?

—Tal vez, si no fueras una mocosa tratando de hacer lo que no debe, nadie tendría que controlarte —replicó, aún más malhumorado.

—No soy ninguna mocosa.

—Entonces, vas a pasarte toda la noche bebiendo zumo de piña por...

—Porque un don nadie quiere impresionar a mi hermano.

—No necesito impresionar a nadie —aseveró, dando un paso más.

—Y, si ése fuera el caso, dudo que lo lograras.

Tuve que levantar la barbilla para poder seguir mirándolo a los ojos y algo dentro de mi cuerpo se prendió, algo que ni si-

quiera sabía que tenía. Estaba enfadada, mucho, puede que incluso quisiese estrangularlo, pero había algo más.

Él se inclinó y sus labios quedaron tan cerca de mi oído que su aliento me hizo cosquillas en la piel.

—Créeme, cuando necesito impresionar a alguien, no te quepa duda de que lo consigo.

No quise, pero ese comentario, la forma en la que pronunció cada palabra, provocó que toda la rabia, por un momento, se transformara en algo completamente diferente.

—Conmigo, pierdes el tiempo —me obligué a decir.

Y, aunque reconozco que tuve que esforzarme en que esas palabras concretas cruzaran mi garganta, el sentimiento que las inspiraba era real. Ni siquiera sabía su nombre y en aquellos momentos ya pensaba en recurrir a la violencia física con él.

No se apartó y mi cuerpo se hizo superconsciente del suyo.

—Me encantan las chicas que saben plantar cara —susurró.

La mecha de mi interior se hizo más grande, más salvaje.

Se separó y buscó de nuevo mi mirada.

—Pues a mí no me gustan los chicos como tú —meforcé a responder.

Estábamos discutiendo y era raro, porque lo hacíamos como dos personas que se conocen desde hace años, y en ese instante parecíamos estar sumidos en una tensísima calma, como si, sin saberlo, hubiésemos llegado al ojo de la tormenta.

No dijo nada más, sólo sonrió y se alejó, entremezclándose con los centenares de personas que abarrotaban el club.

—¿Qué demonios ha sido eso? —inquirió Anita, colocándose a un par de pasos a mi lado.

—No lo sé —contesté, sincera, observando cómo se marchaba, con un enfado monumental saturando cada poro de mi cuerpo—, pero me las va a pagar —sentenció.

La guerra estaba servida.

Por suerte conseguí relajarme; estar con mis amigas y escuchar buena música tiene ese efecto en mí, y fue una noche genial. Eso sí, no logré que me sirvieran una mísera copa. Ese tío y mis diecisiete años y once meses me condenaron a la ley seca.

* * *

El fin de semana pasó deprisa, más de lo que me hubiera gustado. En contraposición, la mañana del lunes, en el instituto, transcurrió terriblemente lenta. Por si fuera poco, el idiota de mi hermano Hugo había vuelto a olvidarse de recogernos a Mati y a Suso, mis hermanos pequeños de seis y once años, y a mí. Podría haber llamado a Rico, chivarme y que él viniera a buscarnos, y si no lo hice no fue por falta de ganas de meter a Hugo en un lío y que Rico le metiese un poco el miedo en el cuerpo, sino porque no quería ponerle más problemas en la cabeza a mi hermano mayor. Ya tenía suficientes con cuidar de todos nosotros, ayudar al abuelo en el taller y preocuparse de que cada cosa fuese como tenía que ir.

Al regresar por nuestra cuenta habíamos tenido que coger dos autobuses, cruzar medio Madrid y andar un par de kilómetros desde el ensanche de Vallecas hasta nuestra casa. Conclusión: estaba de un humor imposible. Por si fuera poco, tenía un examen complicadísimo al día siguiente. Además, Natalia había decidido que era más divertido tontear con los chicos del grupo de al lado en la biblioteca que ayudarme a hacer nuestro trabajo de historia, así que tendría que terminarlo sola en casa antes de ponerme a estudiar... y, para colmo, aún no había convencido a Rico para que me dejase volver a El Circo el viernes siguiente. Cualquier trabajo del instituto iba a ser un juego de niños comparado con conseguir semejante hazaña. Según mi hermano mayor, las chicas de diecisiete años no pintan nada en una discoteca y, ya puestos, ni en un bar ni en un concierto ni en ningún otro lugar si ya ha anochecido. Sí, lo habéis adivinado, es un tío bastante protector.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó Rico desde la cocina en cuanto oyó la puerta principal abrirse.

Solté un largo resoplido antes de responder. Me tocaba inventarme una excusa y en el fondo no quería hacerlo. Hugo no se lo merecía.

—Miss Hathaway nos ha hecho recuperar el tiempo que perdimos el viernes —le expliqué, elaborando la mentira sobre la marcha y manteniendo la puerta abierta para que Suso y Mati entrasen— y hemos salido más tarde.

—Menuda trola —canturreó mi hermano pequeño, pasando junto a mí con una risilla.

Lo fulminé con la mirada. Estaba segura de que había colado. Rico salió de la cocina, secándose las manos en un trapo. Genial. Estaba intentando arreglar la vieja caldera, lo que significaba que estaba de un humor ideal (y léase «ideal» con muchísima ironía).

Sólo necesitó observarnos un segundo para unir todas las piezas del puzle en su cabeza.

—¿Dónde está Hugo? —inquirió.

Yo le mantuve la mirada, pero me negué a contestar. Sabía de sobra lo que vendría luego. En el mejor de los casos, Rico llamaría a Hugo y le echaría una bronca monumental; en el peor, se presentaría donde quisiera que estuviese jugando a hacerse el importante y fingiendo que ni siquiera sabía situar Vallengas en un mapa y le echaría la misma bronca, aderezada con una mirada de esas que dan miedo. Justo lo que pretendía evitar.

—Hemos venido en bus —continuó Suso— y hemos tenido que andar un montón desde la parada —añadió, estirando cada letra, como si el camino hubiese cubierto la misma distancia que la San Silvestre.

Rico apretó los dientes, cabreadísimo.

—Aitana —me reprendió.

—Eres idiota, Suso —reñí a mi hermano menor.

—Aitana —repitió Rico.

Perdí la vista a la izquierda. La verdad, cuando ponía esa voz, conseguía intimidar a cualquiera.

—¿Qué quieres que te diga? —planteé al fin—. Sí, nos ha dejado tirados en el colegio y hemos tenido que regresar por nuestra cuenta, pero tampoco ha sido para tanto.

Y otra vez no estaba defendiendo a Hugo, estaba tratando de proteger a Rico.

—Que no es para tanto... —Dejó la frase en el aire en un gruñido y, antes siquiera de terminarla, echó a andar decidido hacia la puerta. Había elegido la opción número dos: iba a meterle miedo a Hugo en directo.

—Quédate con los pequeños —ordenó al pasar junto a mí, sacándose el teléfono del bolsillo—. Tengo algo que hacer.

—Rico... —lo llamé, procurando calmarlo, pero sabía que era una empresa imposible.

—Te llevo —dijo alguien, saliendo de la cocina.

Alcé la cabeza justo a tiempo de verlo y, entonces, sencillamente, no pude creerlo. ¡Era el mismo tío de la discoteca! ¡Y estaba allí, en mi maldita casa!

—Tú... —murmuré, tan sorprendida como enfadada.

¡No podía ser verdad! Rico nunca, jamás, dejaba que sus chicos de los recados estuviesen en casa. De hecho, nunca traía a nadie, daba igual su rango en el reino del extrarradio. Ni siquiera las chicas con las que se acostaba la pisaban. Mi hermano quería dejarnos al margen de todo lo que suponía esa cara del barrio.

Al verme, sonrió de esa manera tan socarrona y engréida como había hecho en el club y algo me dijo que ya sabía que yo estaba allí.

—Aitanita León —pronunció con sorna, caminando como si cada paso fuese, para él, algo que no le importase lo más mínimo, pero, para el resto del mundo, un regalo.

—¿Qué haces aquí? —Sonó a reproche.

—Nada —contestó, encogiéndose de hombros—. Imaginé que ya me estabas echando de menos.

Abrí la boca, absolutamente escandalizada.

—Lo cierto es que sí que he pensado un par de veces en ti —respondí, cruzándome de brazos—. La última de ellas, soñé que te atropellaba un autobús y fue todo un gustazo.

Él tensó la mandíbula, molesto.

—¿Qué tal lo pasaste en El Circo bebiendo Coca-Cola sin cafeína? —preguntó, ignorando por completo mis palabras y consiguiendo que la sangre me hirviese, otra maldita vez.

—No es tu problema.

No era la primera vez que le decía esa frase y era la segunda vez que lo veía.

—Me gusta apuntarme el mérito de mis tantos.

—¿Mi hermano ya te ha ascendido de perrito abandonado a perrito faldero? —lo fastidié—. Qué honor.

—Observo que tienes muy clara la jerarquía —replicó, y resultó más que obvio que estaba un poco más enfadado—. ¿Tantas veces han tenido que sacarte de líos por ser una mocosa que hasta te conoces los rangos?

¡No aguante más!

—Eres un gilipollas —siseé, entrecerrando los ojos.

—Esa boca —me reprochó Rico a mi espalda, todavía al teléfono, lo que sólo consiguió que su sonrisa se ensanchara.

Puse los ojos en blanco, completamente frustrada. Que mi hermano me tratase como a una cría era lo último que necesitaba. Además, se merecía cada letra de ese apelativo.

—Vámonos —lo apremió Rico.

Mi mente racionalizó la situación, como hubiese hecho desde un principio si no hubiera estado tan cabreada. Era amigo de Rico, de verdad. Por eso estaba en casa. Por eso sabía quién era yo en El Circo.

Él volvió a dedicarme una media sonrisa.

—Es exactamente lo que estás pensando —susurró, torturador, disfrutando de la irritación que sabía que iba a despertar en mí.

Entorné los ojos. No iba a consentírselo.

—Tienes que buscarte colegas nuevos, Rico —comenté, ladeando la cabeza para que mi hermano, de pie e impaciente junto a la puerta, aún con el móvil en la mano, entrara en mi campo de visión, sin abandonar mi postura de pura hostilidad hacia su amigo—. Los que tienes ahora, claramente, no merecen la pena.

Esbocé una sonrisa falsa y tensa.

Rico no contestó, estaba demasiado cabreado con Hugo como para hacerlo.

—Acabarás cogiéndome cariño —me aseguró, impertinente.

—No lo creo.

Soltó un silbido, fingiendo, burlón, que mis palabras le habían dolido.

—Eres una chica muy dura.

—No sabes cuánto, pero sigue así y lo descubrirás —contraataqué.

—Lo estoy deseando —sentenció, y una sonrisa apareció en sus labios.

Tomé aire, dispuesta a responder, pero lo cierto es que ni siquiera sabía cómo... y no era por falta de ganas ni por no tener léxico malsonante suficiente como para enfrentarme a esa si-

tuación, y Rico podría lavarme la boca con jabón después si quería; se trataba, otra vez, de ese estúpido hechizo. Tres palabras y una sonrisa, habían sido sólo tres palabras, pero, por algún motivo que desconocía, habían logrado saltarse mi barrera de puro odio y tocar algo dentro de mí.

Creo que él fue plenamente consciente de que había conseguido ni más ni menos lo que pretendía, porque dio un paso adelante, hacia mí, y mi cuerpo registró su movimiento como si fuera lo único que quisiese en ese momento. Sin embargo, con toda la alevosía del mundo y una canalla sonrisa en los labios, con el siguiente me esquivó, dejando a ese mismo algo en mi interior con ganas de más, y caminó en dirección a la salida.

Pero, como pasó en El Circo, no podía dejar que se marchara así. Apreté los puños, me obligué a reaccionar y me giré para tenerlo de frente.

—Eres un maleducado —dije con toda la insolencia, un punto de arrogancia y la barbilla en alto. Ser hostil no era algo que me saliera innato, más bien todo lo contrario, pero había aprendido a dominarlo a la perfección. No vivíamos en un barrio fácil, no podía permitirme ir oliendo flores por ahí, aunque fuese lo que más me apetecía—. Te plantas en mi casa, te metes en mis cosas y ni siquiera sé cómo te llamas.

Él se dio media vuelta y volvió a sonreír, como si alargando ese duelo le hubiese dado exactamente lo que buscaba. ¿En algún momento pensaba olvidarse de esa estúpida sonrisa?